



- I -

{226} La poesía es una metafísica instantánea. En un breve poema, debe ser una visión del universo y revelar el secreto de un alma, del ser y de los objetos al mismo tiempo. Cuando obedece simplemente al tiempo de la vida, es menos que la vida; no puede ser más que la vida sino inmovilizando la vida, sino viviendo en la realidad la dialéctica de las dichas y de las penas. Es entonces el principio de una simultaneidad esencial en que el ser más disperso y más desunido conquista su unidad.

En tanto que todas las demás experiencias metafísicas son dispuestas en antepropósitos interminables, la poesía desecha los preámbulos, los principios, los métodos, las pruebas. Desecha la duda. Cuando mucho necesita un prelude de silencio. Antes que nada, golpeando a las palabras huecas, hace callar la prosa o los gorjeos que dejarían en el alma del lector una continuidad de pensamiento o de murmullo. Luego, tras las sonoridades huecas, produce su instante. Para construir un instante complejo, para anudar sobre ese instante simultaneidades múltiples es por lo que el poeta destruye la continuidad simple del tiempo encadenado.

En todo poema verdadero, se pueden entonces encontrar los elementos de un tiempo detenido, de un tiempo que no sigue la medida, de un tiempo que {227} nosotros llamaremos *vertical* para distinguirlo de un tiempo común que huye horizontalmente con el agua del río, con el viento que pasa. De ahí una paradoja que debe enunciarse claramente: en tanto que el tiempo de la prosodia es horizontal, el tiempo de la poesía es vertical. La prosodia no organiza sino sonoridades sucesivas; reglamenta cadencias, administra fugas y emociones, ¡ay!, con frecuencia a contratiempo. Aceptando las consecuencias del instante poético, la prosodia permite reunirse con la prosa, en el pensamiento explicado, con los amores sentidos, con la vida social, con la vida que corre, la vida que pasa, lineal y continua. Pero todas las reglas prosódicas no son sino medios, viejos medios. El fin es la *verticalidad*, la profundidad o la altura; es el instante estabilizado en que las simultaneidades prueban ordenándose que el instante poético tiene una perspectiva metafísica.

El instante poético es necesariamente complejo: conmueve, prueba –invita, consuela-, es sorprendente y familiar. En esencia, el instante poético es una relación armónica entre opuestos. En el instante apasionado del poeta siempre queda un poco de pasión. Las antítesis sucesivas gustan ya al poeta. Pero, por el encanto, por el éxtasis, es necesario que las antítesis se contraigan en ambivalencia. Entonces surge el instante poético... Cuando menos, el instante poético es conciencia de una ambivalencia. Pero también es más que eso, porque es una ambivalencia excitada, activa y dinámica. El instante poético obliga al ser a valorar o a devaluar. En el instante poético, el ser asciende o desciende, sin aceptar el tiempo del mundo que devolvería {228} la ambivalencia a la antítesis, lo simultáneo a lo sucesivo.

Esa relación de la antítesis y de la ambivalencia se verificará fácilmente si se quiere en realidad comunicarse con el poeta quien, con toda evidencia, vive en un instante los dos términos de sus antítesis. El segundo término no es atraído por el primero. Ambos términos nacieron juntos. Desde ese momento se encontrarán los verdaderos instantes poéticos de un poema en todos los puntos en que el corazón humano pueda invertir las antítesis. De una manera más intuitiva, la ambivalencia bien ligada se revela por su carácter temporal: en lugar del tiempo viril y valiente que se lanza y que quiebra, en lugar del tiempo dócil y sumiso que lamenta y que llora, he aquí el instante andrógino. El misterio poético es una androginia.

- II -

¿Pero es tiempo todavía ese pluralismo de acontecimientos contradictorios encerrados en un solo instante? ¿Es tiempo toda esa perspectiva vertical que sobresale del instante poético? Sí; porque las

* Bachelard, Gaston (1997) "Instante poético e instante metafísico", en *El derecho a soñar*. FCE, México. Entre llaves {226}, el número de página correspondiente a la edición en papel.

simultaneidades acumuladas son simultaneidades *ordenadas*. Dan una dimensión al instante puesto que le dan un orden interno. Ahora bien, el tiempo es un orden y no otra cosa. Y todo orden es un tiempo. Y ese tiempo vertical es lo que el poeta descubre cuando desecha el tiempo horizontal, es decir el devenir del prójimo, el devenir de la vida, el devenir del mundo.

He aquí entonces los tres órdenes de experiencias {229} sucesivas que deben desligar al ser encadenado en el tiempo horizontal:

- 1) acostumbrarse a no referir su propio tiempo al tiempo de los demás: romper los marcos sociales de la duración;
- 2) acostumbrarse a no referir su propio tiempo al tiempo de las cosas: romper los marcos fenomenológicos de la duración;
- 3) acostumbrarse –difícil ejercicio- a no referir su propio tiempo al tiempo de la vida, a no saber si el corazón late, si crece la dicha: romper los marcos vitales de la duración.

Sólo entonces se alcanza la referencia autosincrónica, en el centro de sí mismo, sin vida periférica. De pronto se borra toda horizontalidad plana. El tiempo ya no corre. Brota.

- III -

Para retener o, antes bien, para encontrar ese instante poético estabilizado hay poetas como Mallarmé que violentan directamente el tiempo horizontal, que invierten la sintaxis, que detienen o desvían las consecuencias del instante poético. Las prosodias complicadas ponen piedras en el arroyo para que las ondas pulvericen las imágenes fútiles, para que los movimientos rompan los reflejos. Leyendo a Mallarmé con frecuencia se tiene la impresión de un tiempo recurrente que viene a terminar instantes cumplidos. Entonces se viven, con retraso, los instantes que se habrían debido vivir: sensación tanto más extraña cuanto que no participa de ningún lamento, de ningún arrepentimiento, de ninguna nostalgia. Sensa{230}ción hecha simplemente de un *tiempo actuado*, que en ocasiones sabe poner el eco antes de la voz y la negativa en la aceptación.

Otros poetas más felices aprehenden naturalmente el instante estabilizado. Como los chinos, Baudelaire ve la hora en el ojo de los gatos, la hora insensible en que la pasión es tan compleja que desdeña cumplirse: “En el fondo de sus ojos adorables veo siempre la hora claramente, siempre la misma, una hora ancha, solemne, grande como el espacio, sin divisiones de minutos ni de segundos: una hora inmóvil que no marcan los relojes...”¹. Para los poetas que realizan así el instante con facilidad, el poema no se desarrolla, se anuda, se teje de nudo a nudo. Su drama no se efectúa. Su mal es una flor tranquila...

En equilibrio sobre la medianoche, sin esperar nada del soplo de las horas, el poeta se aligera de toda vida inútil; siente la ambivalencia abstracta del ser y del no ser. En las tinieblas ve mejor su propia luz. La soledad le trae el pensamiento solitario, un pensamiento sin diversión, un pensamiento que se eleva, que se apacigua exaltándose puramente.

El tiempo vertical se eleva. En ocasiones también se hunde. Para quien sabe leer *El cuervo*, medianoche ya nunca más suena horizontalmente. Suena en el alma bajando, bajando... Raras son las noches en que tengo el valor de llegar hasta el fondo, hasta la décimasegunda campanada, hasta la décimasegunda herida, hasta el décimosegundo recuerdo... Entonces vuelvo al tiempo plano; *encadeno*, me vuelvo a encadenar, regreso junto a los vivos, a la vida. Para vivir, es necesario ser desleal con los fantasmas...

{231} Sobre el tiempo vertical –en el descenso- se apilan las peores penas, las penas sin causalidad temporal, las penas agudas que traspasan el corazón por una nada, sin debilitarse nunca. Sobre el tiempo vertical –subiendo- se consolida el consuelo sin esperanza, ese extraño consuelo autóctono y sin protector. En pocas palabras, todo lo que nos separa de la causa y la recompensa, todo lo que niega la historia íntima y el deseo mismo, todo lo que devalúa a un mismo tiempo el pasado y el porvenir, se encuentra en el instante poético.

¿Se desea un estudio de un pequeño fragmento del tiempo poético vertical? Que se tome el instante poético del *lamento sonriente*, en el momento mismo en que la noche se duerme y estabiliza las tinieblas, en que las horas apenas respiran, ¡en que la soledad por sí sola es ya un remordimiento! Los polos ambivalentes del *lamento sonriente* casi se tocan. La menor oscilación sustituye al uno por el otro. El

¹ Baudelaire, *Petits poèmes en prose*.

lamento sonriente es pues una de las ambivalencias más sensibles de un corazón sensible. Ahora bien, se desarrolla con toda evidencia en un tiempo vertical, puesto que ninguno de los dos momentos, ni la sonrisa ni el lamento, es su antecedente. El sentimiento aquí es reversible o, para expresarlo mejor, la reversibilidad del ser está aquí *sentimentalizada*: la sonrisa lamenta y el lamento sonrío, el lamento consuela. Ninguno de los tiempos expresados sucesivamente es causa del otro, lo cual prueba que están mal expresados en el tiempo sucesivo, en el tiempo horizontal. Pero de cualquier modo hay del uno al otro un devenir, un devenir que sólo se puede experimentar verticalmente, subiendo, con la impresión de que el lamento se aligera, de que el alma se eleva, de que el fantasma perdona. Entonces en verdad florece la desdicha. Un metafísico sensible encontrará así en el *lamento sonriente* la belleza formal de la desdicha. Es en función de la causalidad formal como comprenderá el valor de desmaterialización en que se reconoce el instante poético. Nueva prueba de que la causalidad formal se desarrolla al interior del instante, en el sentido de un tiempo vertical, en tanto que la causalidad eficiente se desarrolla en la vida y en las cosas, horizontalmente, agrupando instantes de variadas intensidades.

Naturalmente, desde la perspectiva del instante, se pueden experimentar ambivalencias de mayor alcance: “Siendo muy niño, abrigué en el corazón dos sentimientos contradictorios: el horror por la vida y el éxtasis ante la vida”². Los instantes en que se tienen *juntos* esos sentimientos inmovilizan el tiempo, pues se experimentan juntos vinculados por el fascinante interés en la vida. Llevan al ser fuera de la duración común. Su ambivalencia no se puede describir en tiempos sucesivos, como un vulgar balance de las dichas y las penas pasajeras. Opuestos tan vivos, tan fundamentales, obedecen a una metafísica inmediata. La oscilación se vive en un solo instante, mediante éxtasis y caídas que incluso pueden hallarse en oposición a los acontecimientos: el hastío de vivir viene a sorprendernos en el gozo tan fatalmente como el orgullo en la desdicha. Los temperamentos cíclicos que, en la duración habitual y siguiendo a la luna, desarrollan estados contradictorios, no presentan sino parodias de ambivalencia fundamental. Sólo una psicología profunda del instante podrá darnos los esquemas necesarios para comprender el drama poético esencial.

- IV -

Por lo demás, es sorprendente que uno de los poetas que ha captado más fuertemente los instantes decisivos del ser poeta sea el poeta de las *correspondencias*. La correspondencia baudelaireana no es, como se expone con tanta frecuencia, una simple trasposición que daría un código de analogías sensuales. Es una suma del ser sensible en un solo instante. Pero las simultaneidades sensibles que reúnen los perfumes, los colores y los sonidos no hacen sino preparar sumultaneidades más lejanas y más profundas. En esas dos unidades de la noche y de la luz se encuentra la doble eternidad del bien y del mal. Por lo demás, eso que hay de “vasto” en la noche y en la claridad no debe sugerirnos una visión espacial. La noche y la luz no se evocan por su extensión, por su infinito, sino por su unidad. La noche no es un espacio. Es una amenaza de eternidad. Noche y luz son instantes inmóviles, instantes negros o claros, alegres o tristes, negros y claros, tristes y alegres. Nunca el instante poético fue más completo que en ese verso en que se puede asociar a un mismo tiempo la inmensidad del día y de la noche. Jamás se ha hecho sentir tan físicamente la ambivalencia de los sentimientos, el maniqueísmo de los principios.

Meditando por esa vía, se llega de pronto a esta conclusión: *toda moralidad es instantánea*. El imperativo categórico de la moralidad no tiene nada que ver con la duración. No retiene ninguna causa sensible, no aguarda ninguna consecuencia. Va enteramente derecho, verticalmente, por el tiempo de las cosas y de las personas. El poeta es entonces el guía natural del metafísico que quiere comprender todas las fuerzas de uniones instantáneas, la fuga del sacrificio, sin dejarse dividir por la dualidad filosófica grosera del sujeto y del objeto, sin dejarse detener por el dualismo del egoísmo y del deber. El poeta anima una dialéctica más sutil. Revela a la vez, en el mismo instante, la solidaridad de la forma y de la persona. Demuestra que la forma es una persona y que la persona es una forma. La poesía deviene así un instante de la causa formal, un instante de la potencia personal. Entonces se desinteresa de aquello que rompe y de aquello que disuelve, de una duración que dispersa ecos. Busca el instante. Crea el instante. No necesita sino el instante. Fuera del instante no hay más que prosa y canción. La poesía encuentra su

² Baudelaire, *Mon coeur mis à nu*.

dinamismo específico en el tiempo vertical de un instante inmovilizado. Hay un dinamismo puro de la poesía pura. Es el dinamismo que se desarrolla verticalmente en el tiempo de las formas y de las personas.